



Reseñas

Esteban Bara, F. (2018) Ética del profesorado. Barcelona: Herder. 149 pp. ISBN: 9788425441660

La tesis principal de este libro es que la educación es “una maravillosa aventura humanizadora, un extraordinario proceso que nos hace hombres y mujeres, un auténtico acontecimiento ético plagado de gestos y palabras que facilitan la transformación de todos los que allí se reúnen” (14). El lector va a encontrar en ese propósito una perspectiva humanista, muy detallada, con profundidad argumentativa, con numerosos ejemplos y propuestas prácticas, con referencias culturales abundantes y diversas. Es un libro, en fin, evocador, sugerente y, si se puede afirmar, muy simpático. El autor defiende planteamientos bastante alejados de lo comúnmente mantenido en la actualidad en el ámbito universitario. Argumenta, así, por ejemplo, la necesidad de priorizar en la educación que los alumnos quieran ser mejores de lo que son y no sólo que adquieran conocimientos curriculares y competencias. Y este es, a mi parecer, el punto esencial sobre el que se sostiene la estructura argumentativa del libro y es que el movimiento de mejora que pretendemos en los demás, a través de los espacios y los tiempos educativos, solamente puede conseguirse, mantiene el profesor Esteban, si los educandos nos ven a nosotros mismos en ese movimiento de cambio y aspiración hacia lo mejor.

Otro aspecto muy interesante del libro es que el autor no se dedica sólo a caracterizar al “profesor insustituible” sino hacernos pensar, cuáles son los procedimientos adecuados para conseguir acercarnos lo más posible a que se den el mayor número de ese tipo de profesores.

A lo largo del texto vamos a encontrar también una preocupación continua por equilibrar diferentes posturas, por ejemplo, respecto a las posiciones defendidas por el liberalismo y el comunitarismo, el autor sugiere que frente al predominio de la defensa de la autonomía y la libertad moral del alumno hemos caído en “la subestimación de su natural compañera de viaje, la de la idea que aprecia el relieve que tiene la comunidad en el desarrollo moral de una persona” (40).

Otra idea interesante del texto es que el proceso educativo no consiste, en realidad, en la capacitación de una razón autónoma y libre para que luego el sujeto elija la persona que desea ser. Otra sugerencia interesante para la educación en general pero que tiene implicaciones claras para la formación del profesorado es la necesidad de reconocer que el desarrollo de las virtudes se realiza a través de contextos sociales y comunitarios, donde prima el ejemplo, el refuerzo y el rechazo, esto es, la vida cotidiana sujeta al espacio público. En efecto, no somos seres aislados y desencarnados. Y por eso dirá: “es mucho suponer creer que uno elige un plan vital y que no es el modo de vida lo que verdaderamente lo atrapa” (102).

En uno de los mejores momentos del libro, cuando tiene que espolear múltiples tonterías pedagógicas, golpea la mesa -supongo- y suelta: “Educar es comprometerse hasta la médula, implicarse en cuerpo y alma, lanzarse sin condiciones a la aventura humanizadora, amar hasta que duela o mucho más; otras cosas son otras cosas, por mucho que nos empeñamos en meterlas en el saco de la buena educación” (78-79; cursiva añadida). Ahí queda.

Es interesante la defensa de la perspectiva teórica o filosófica que hace el autor como procedimiento reflexivo por parte del profesor. Defiende también la perspectiva de las Facultades de Educación como espacios que acentúan la noble figura del estudiante, y no sólo del futuro profesional, una vida universitaria además que se dirija a rechazar “lo bajo, lo vil y lo innoble, el desdén a la vulgaridad, la pereza, lo fácil y lo cómodo” (148).

Es un buen libro. Merece la pena leerlo. Ameno. En ocasiones, divertido y, en todas, te hace pensar. Delimita con bastante precisión qué significa la ética del profesorado como experiencia de encuentro comprometido, extraordinariamente exigente con su desarrollo madurativo y alejado de exclusivas posiciones deontológicas. Por eso, al profesor mediocre, vitalmente apagado, rutinario, pero, al fin, “encantado de haberse conocido”, este libro lo va a desenmascarar.

Fernando Gil Cantero